

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM 548.

MADRID 26 DE JULIO DE 1844.

Segunda serie



RIENZI,

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPITULO VIII.

El hombre entusiasta juzgado por el hombre prudente.



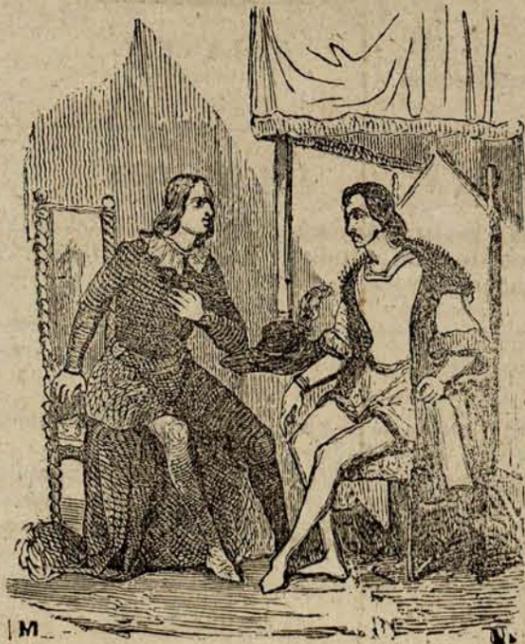
AL me conoces, decía Rienzi á Adriano al terminar una conversacion entre ambos entablada, no represento el papel de un demagogo puro: no es mi ánimo remover las inmensas profundidades del orden social, para que en semejante trastorno suba á la superficie mi fortuna. He vivido mentalmente en lo pasado tantas horas y tantas vigiliás que creo formar parte de aquella época. En mi alma se ha impreso la huella de una pasión fuerte y dominante, cuyo obje-

to se dirige... á la restauracion de Roma.

—¿Y qué medios teneis á vuestro alcance?

—¿Qué medios, preguntais! Solo hay un camino de restaurar la grandeza de un pueblo, y es un llamamiento al pueblo mismo. No está en mano de nadie hacer que una potencia sea constantemente gloriosa: se elevan por su propio impulso; mas el pueblo no se eleva con ellas. Toda gran regeneracion trae su origen de un movimiento general de las masas.

—Entonces, repuso Adriano, comprendemos la historia de un modo totalmente distinto. En mi sentir toda gran reforma, es obra de un pequeño número, y la



muchedumbre no hace sino aceptarla. Mas no disputemos al uso escolástico: tú propalas que no está lejana una importante crisis, que será restablecido el *buono stato*. ¿Y de qué manera? ¿dónde están vuestras armas? ¿dónde vuestros soldados?

¿Son menos fuertes los nobles que otras veces? ¿es la plebe menos indolente y mas constante? Sabe el cielo que al hablar de este modo no cedo al influjo de las preocupaciones de mi clase. Lloro sobre el envilecimiento de Roma, porque soy romano, y esta cualidad me hace olvidar la de noble; mas tiemblo á la vista de la borrasca que deseariais amontonar sobre nuestras cabezas. Si la insurreccion queda victoriosa, será violenta y comprada con la sangre de los mas ilustres de Roma. Tentais una segunda explosion semejante á la de los Tarquinos, y lograreis una segunda proscripcion igual á la de Sylla. Nunca conducen á la paz la matanza y el espantoso desorden. Por otra parte, si abortan vuestros planes, forjais las cadenas de Roma para siempre. Un estéril esfuerzo del esclavo por respirar el aire libre solo dá márgen á que su señor le imponga nuevos tormentos.

—¿Y qué partido nos aconsejaria que abrazásemos el señor Adriano? preguntó Rienzi con esa sonrisa sardónica y especial de que hemos hablado. ¿Aguardaremos á pedir justicia para cuando terminen las querellas de los Orsinis con los Colonnas? Caballero, no podemos apelar á los nobles para que los nobles nos hagan justicia: no debemos solicitar que moderen su poder, sino procurar que ese poder nos pertenezca. Peligrosa es la tentativa, mas si sucumbiéramos, sucumbiriamos dignos de nuestros mayores entre esos monumentos del foro: ¡venís de alta alcurnia, poseéis pomposos títulos, inmenso territorio, y hablais de vuestros honores hereditarios! También nos corresponden algunos á los plebeyos de Roma. Hombrés libres eran nuestros padres. ¿Qué se hizo su herencia? No ha sido vendida, ni malgastada, pero se nos ha arrebatado, ya por dolo, ya por la fuerza; se nos ha robado mientras dormiamos, ó se nos ha arrancado por manos bárbaras á pesar de nuestros esfuerzos y de nuestros gritos. Señor, nosotros solo pedimos que se nos devuelva ese legítimo legado, y que se os devuelva también á vosotros, porque con vuestra libertad ha desaparecido la nuestra. ¿Podeis habitar por ventura la morada de vuestros padres sin cercarla de torres, y sin confiar su defensa á mercenarios aceros? Podeis girar de noche por las calles sin armas y sin comitiva? Verdad es que vosotros los nobles podeis vengaros de un ultrage y á nosotros nos está vedado ese desahogo. Podeis cuando os plazca espantar y dirigir insultos á los demas, pero no puede indemnizaros de la pérdida de la libertad esa licencia para producir estragos. Teneis el poder y el fausto, pero la seguridad bajo la proteccion de leyes iguales para todos es don mas precioso. ¡Oh, si me hallase en vuestro lugar ó en el del mismo Esteban Colonna suspiraria, lo mismo que siendo Rienzi, por una ráfaga de viento que me llegase, no á través de barrotes y baluartes, sino á través del abierto espacio de los cielos! Anhelaria ser protegido por la silenciosa providencia de la ley, no por la inquieta suspicacia, ni por el vil miedo, compañeros inseparables de un poder odiado. Se cree libre el tirano porque manda á siervos, pero es mas libre el último aldeano de un Estado independiente. ¡Ah, señor! vos que sois tan valiente, tan generoso y tan esclarecido: vos, casi el único de vuestra raza que no ignora que un dia tuvimos patria: vos, que simpatizais con nuestros dolores, ¿cómo no os prestais á combatir para ponerles término?

(Continuará.)

LAS DOS HERMANAS.

El viejo conde de Fayl-Billot, padre de esas dos jóvenes que has visto, á pesar suyo era filósofo, pero filósofo á su manera. Cuando sus hijas cumplieron diez y seis años adivinó, lo mismo que tú acabas de hacer, las inclinaciones de la una y de la otra; sin duda ninguna Luisa debería ser el consuelo de su vejez, así como Leonor sería su deshonra. Previo estos resultados tan claramente como tú mismo, y así bendijo á Luisa y tuvo miedo de Leonor; y resolvió renunciar á esta hija viva así como habia renunciado á su hijo muerto. En consecuencia, declaró á Leonor que ella jamás pondria un pie en el gran mundo y que debía quedarse en el convento, considerándose muerta para todos.

Tú creerás tal vez que Leonor se espantaria al oír esta noticia y que trataria de ablandar y enternecer á su padre; nada de eso, tenia una inteligencia demasiado firme y enérgica para humillarse á nadie, y mucho menos á su padre. En la relajacion general de todos los poderes, demasiado bien habia conocido Leonor que la autoridad paterna, lo mismo que la autoridad real, estaba pendiente de un hilo solamente. Sentia en su propia conciencia que el edificio social estaba minado y que pronto iba á desquiciarse, y estaba segura que sus ruinas abririan en su prision una abertura bastante ancha para escaparse de ella y adquirir su libertad. Por consiguiente, manifestó á su padre que estaba pronta á tomar el velo, y con efecto lo tomó el mismo dia que se casaba Luisa.

Esta habia tenido miedo á su hermana toda su vida. Las heréticas ironías de Leonor marchitaban todas las ilusiones de Luisa. No comprendia cómo se podia hacer irrision de las creencias, de los afectos y de los deberes mas sagrados. Parecia Luisa á una pobre niña escapada de Saint-Cyr de la casta tutela de madama de Maintenon y que se encontrara de repente arrojada en las orgias de la regencia. Su padre, que la amaba en extremo, como que habia concentrado en ella todas sus afecciones, la casó con un lindo joven llamado el marqués de Cintrey muy bien quisto entonces por sus buenas costumbres. Pero ¡ay! si tú supieras, hijo mio, cuales eran las buenas costumbres de aquel tiempo, como despreciarias á la juventud dorada del siglo presente. Cuando casualmente veo á nuestros caballeritos á la moda, á esos que llamais calaveras, seductores, jugadores, cuando comparo á vuestros Lauzun, á vuestros Richelieu de este siglo, aun con los ayudas de cámara de Mr. el mariscal duque de Richelieu, no puedo menos de sonreirme de compasion, todos esos señoritos que vuestra época mira con admiracion como el *non plus ultra* de la corrupcion humana no son dignos de descalzar á los sábios abades

